

Fernando OLIVÁN. *Antropología de las formas políticas de Occidente.* Madrid: Escolar y Mayo, 2017. 346 pp. ISBN: 978-84-17134-26-6.

Nos proponemos una osadía: mirar el hecho político desde el ser animal de nuestra identidad humana... Continuamos así el viaje que emprendimos con *Nueva Teoría Política* donde empezamos la serie radical de nuestras preguntas. Viaje fundacional del que este tomo se vindica como segunda etapa.

Segunda parte de una trilogía sobre el concepto de lo político, la nota introductoria de esta obra se proyecta ya como una declaración de principios. Estamos ante un proyecto que irrumpe como un aldabonazo en el panorama científico-social al que nos tiene acostumbrado un academicismo cada vez más timorato y cortoplacista; frente a esto, la lectura de la obra nos obliga a repensar el hecho político y hacerlo desde las premisas de una antropología radical. Una propuesta de alto riesgo, es cierto, pero de la que el autor sale airoso. Ya el filósofo Gabriel Albiac, comentando su anterior obra *Nueva teoría política*, nos ponía sobre aviso: «El lector acaba la lectura con la certeza de habérselas visto con una obra sólida, con una obra que posee vida propia».

Las referencias al concepto «semiosfera», neologismo del gran lingüista soviético Mijaíl Bajtin, nos dan la clave: el proyecto se reclama, pese a su carácter rupturista, en continuidad ideológica con la tradición del pensamiento crítico. Estamos, por eso, ante una obra decididamente fundacional.

Pero, ¿qué es en realidad este libro? El título mismo nos informa ya sobre sus propósitos: una antropología. Una antropología de lo político o, en expresión de Balandier, una antropología política. Pero, esta es la tesis de Oliván, ese artefacto que constituye el aparato político se vincula necesariamente a toda esa serie de estructuras que van de la religión a la lengua y de la economía al derecho, pasando por el resto de instrumentos institucionales que nos configuran como humanos. Es decir, el macroaparato simbólico de la cultura.

Estamos ante una verdadera arqueología que, frente a la ciencia paleontológica, obsesionada por descubrir los primeros rasgos humanos, se centra en las raíces del aparato institucional que definen nuestra humanidad. Sin embargo, esta es su apuesta, ese lejano grado cero no está enterrado bajo pesadas capas de polvo y tierra, por el contrario, está aquí mismo, en nuestro propio ser cultural. El autor nos lo explica: «Propongo una metáfora –nos dice en esa nota introductoria–, la del teatro chinesco de sombras. La narración se desenvuelve desde las sombras que se proyectan sobre la pantalla. Mero juego, pero suficiente para que terminemos creyéndonos la historia. Incapaces de ver las tablas, los objetos, las caras de los actores, solo apreciamos los contornos que proyecta la luz...».

La obra combina, y esto es de agradecer, la erudición con planteamientos repletos de propuestas atrevidas y rupturistas. Eso sí, manteniendo, como nos apuntaba Albiac respecto a la primera entrega, un «talante y estructura inequívocamente académicos».

Por eso estamos ante un verdadero proyecto fundacional: la búsqueda de esos aparatos sociales –así los llama el autor– sobre los que gravita la condición humana.

Ya hemos mencionado algunos, el arte, la religión, el derecho, la política, la economía, subestructuras de una entidad más amplia y que los encierra a todos: el lenguaje. Un universo simbólico sobre el que se levanta la selva institucional que constituye nuestro hábitat. En definitiva, todos estos «aparatos», economía, derecho, política, arte, religión, etc., no son más que puro lenguaje, estructuras simbólicas sobre las que se construye la identidad de lo que somos y nos distingue del resto de especies zoológicas.

El estudio de las instituciones, desde el teatro, expresión paralela a la política, hasta la ciudad como espacio público, completan la obra. Las relaciones entre oralidad y escritura en los discursos político y jurídico, la conceptualización de la guerra, las ideas de Estado, capitalismo, sociedad civil y bienestar cierran las reflexiones que nos propone la obra. En definitiva, una mirada radical que nos obliga a salir de los confortables lugares comunes en los que se encierra la Academia, para explorar los márgenes de nuestra condición humana. Y hacerlo en el específico campo de la política. Como nos recuerda el autor: «Es en los ladrillos donde se aprecia la fábrica, en los árboles donde está la naturaleza...». Con una cierta ironía concluye: «El bosque, como las sombras, nos impide ver los árboles».

Ángela FIGUERUELO
Universidad de Salamanca